

LA REBELION DE LOS MELANCOLICOS

FELIPE MELLIZO

ES muy posible que para la mayor parte de la gente sea, sencillamente, un libro más, ni siquiera importante: **Aquí no me tuve que volver loca**, de Joseph H. Berke (Ed. Fundamentos, Madrid). Está en los escaparates desde hace unos días. Ni siquiera se trata de un tema nuevo. Berke, uno de los fundadores y directores de la *Arbours Association* británica, que intenta tratar a los que, para quitarnos de encima el problema, llamamos **enfermos mentales**, por el simple sistema de recordar que son seres humanos. Para que los suspicaces se tranquilicen, confirmaré sus sospechas: en efecto, se trata de un libro en defensa de la libertad.

Berke relata con brevedad y eficacia la historia de las tropelías que hemos venido cometiendo a lo largo del tiempo con los solitarios, los melancólicos, los desesperados, los "locos" incómodos. Estacazos, cadenas, duchas de agua fría y celdas sórdidas dieron paso, en nuestros tiempos, a otras técnicas, sin duda más soportables para este mundo de papel couché y discretos espías: el **electro-shock**, la lobotomía que convierte a la pobre y ardorosa bestia humana en coliflor silenciosa, las hazañas electrónicas que permiten "controlar la conducta" y las neuroquirúrgicas que permiten abrir agujeros en el cráneo y hurgar en el hondón del misterio. Mala cosa esta de hablar de psiquiatría, porque es evidente que yo también estoy loco, como la mayor parte de los lectores, según el juicio de los mequetrefes que manejan los hilos del orden, el dinero y los sacrosantos principios del "bingo", el "ligue", el "cubata" y las "exportaciones". Pero hay que arriesgarse.

(Antes de seguir, una vertiginosa orientación bibliográfica para los lectores que, amorosamente, me piden siempre datos "extra". Hay cientos de libros sobre el tema. Para nuestra intención, que es, evidentemente,

sembrar la alarma, los mejores son lo más populares y menos científicos. Tres, además del de Burke, pueden ser leídos con facilidad y algún temblor: **Laing y la antipsiquiatría**, una compilación de R. Boyers y R. Orrill (Editorial Alianza, Madrid); **El lenguaje de la locura**, de David Cooper (Editorial Ariel), y **Locos de desatar**, del "colectivo" italiano Agosti-Bellocchio, Petraglia y Rulli (Editorial Anagrama). Bastan para adquirir una idea sombría e irritante acerca de la psiquiatría oficial y de la esencia última de nuestra oronda civilización.)

Hubo un tiempo en el que to-

das las enfermedades fueron consideradas "males del espíritu". El destino y la voluntad de los dioses, la terrible sensación de la soledad de cada uno nos producía —pensaban los viejos médicos— fiebre. Los pacientes se amontonaban en la oscuridad de los templos de Asclepio, entre el humo de las plantas aromáticas quemadas y los ensalmos sacerdotales. Estábamos en Grecia y daba comienzo nuestra aventura de hoy. Pasaban ya las mismas cosas que ahora nos fastidian. Hipócrates, por ejemplo, se ocupó de "una mujer enojadiza que vivía en Thaso, de una tristeza por causa manifiesta que, an-

dando por su pie, se puso desvelada e inapetente, con sed y desasosiego", como cualquiera de nuestras mujeres de hoy, aquí, dando tumbos entre los niños y los platos, las barras americanas y los grandes almacenes, siempre en busca de una palabra justa o una sonrisa en silencio. Metiendo dulcemente la pata a cada instante, como cada uno de nosotros. Aquella griega atendida por Hipócrates "vivía junto a las casas de Pilades, en el llano", dato fascinante, porque equivale a decir que vivía en Arturo Soria, que era un ser humano cualquiera y único. Un día, dice Hipócrates, que "al hacerse de noche, empezó a tener miedos, a hablar más de lo que es razón, a tener aflicción y displicencia del ánimo...". Empezaba, pues, a mostrarse insolidaria, melancólica, una tía rara "por causa manifiesta": era verdad que había un cocodrilo debajo de su cama. Lentamente, aquella mujer incurrió en la más grave falta de las codificadas por la sociedad de hoy. Almacenaría cuidadosamente la ropa de sus hijos, lloraría a solas en un rincón de su casa, dejaría la colada sin hacer, pondría los cuernos a su marido con el primer transeúnte, irritantemente imbécil, que encontrase. Tal vez se quedara, de pronto, estupefacta, somnolienta, arrebatada quién sabe por qué oscuro sonido de remotas flautas. Está loca. Una familia sorda, aterrada, sujeta a pequeños pavores, se encuentra de pronto ante el monstruo y carece de reflejos para entender. Condena, simplemente, y se cubre con un manto piadoso para poner a la pobre mujer en manos de unos expertos para que la duquen, la inyecten, la psicomachuen y la dejen convertida en esa coliflor inofensiva que garantiza la continuidad de la rutina.

Dice Cooper, en el libro que mencioné más arriba, que algunos de estos psiquiatras son "marionetas profesionales de la cadena de este sistema de aniquilación estatista de personas".



"La melancolía", de Alberto Durero.



Los "cuatro temperamentos": sanguíneo, flemático, colérico y melancólico. Clasificados, somos dominables.

Eso es cierto. Pero ¿por qué? Bueno, la historia es antigua. De repente, al borde de aquella Grecia, nació una rebeldía noblemente racionalista. Alcmeón de Crotona barrunta los primeros principios fisiológicos y la idea de que todas las enfermedades lo son del alma es sustituida por la idea contraria, bien iluminada por la voluntad de ser realistas y acabar con los oráculos: todas las enfermedades lo son del cuerpo. La cosa era audaz y digna. Brujos y ensalmadores empezaban a sentirse asediados por la vida y se refugiaron en los arrabales para reducir fracturas y untar a los infelices el bálsamo de Fierabrás. El médico, como hoy lo conocemos, nació noblemente, fue Prometeo, bien dispuesto a quitar de las manos de los dioses un poder excesivo y nauseabundo.

Todo eso estaba muy bien. Pero las llamadas "enfermedades mentales" se resistían a la tipificación, porque los que las mostraban y las muestran producen

siempre efectos políticos. Están solos y sin miedo. Su búsqueda desesperada de felicidad era y es una búsqueda de libertad, y eso es político. Sus gestos no resultaban, ni resultan, cómodos, salvo que recurramos al truco de calificarlos de "síntomas", lo que nos autoriza a encerrarlos, lobotomizarlos, drogarlos y electrocutarlos tranquilamente y en nombre de la razón misma nada menos. Fue la Medicina clínica, que es, sin duda alguna, una conquista decente de la inteligencia fría, la paradójica culpable de la brutalización psiquiátrica o, por lo menos, la paradójica colaboradora de la cobardía social y oficial. Había que elegir entre dos criterios extremos. Si era verdad lo de las enfermedades del alma, todos quedábamos abandonados en el templo de Asclepio, donde, más tarde o más temprano, terminarían por decirnos que no somos esquizofrénicos, sino pecadores —y eso es también político—. Si no había más enfermedades que las del cuerpo, ¿por

KAHN, EL OLVIDADO

NO tengo ganas de entrar en combate con I. H. d. G., que me ha escrito una carta terrorífica porque calificó aquí de "reaccionario" a Herman Kahn. ¿Se acuerdan ustedes de Herman Kahn? Se hizo famosísimo en la década de los sesenta cuando dirigía el Hudson Institut, desde el que bombardeó el mundo con sus análisis del futuro. Un caballero grueso, gélido, occidentalista, listísimo —tenía un coeficiente de inteligencia de 250— y escribió, por lo menos, dos libros escandalosamente triunfantes: *The Doomsday Machine* y *The Year 2000*. Hijo de emigrantes judíos, norteamericano de derechas de toda la vida, belicoso y defensor a capa y espada de la santidad del capitalismo, a cuyo servicio estuvo desde un despacho de la Rand Corporation. Le vendría muy bien ahora al señor Carter, porque este matemático era —y así fue llamado— un eficiente "estratega del terror". En fin, una especie de Kissinger de los números.

Aunque los dos libros que he citado pasan por ser sus obras magnas, otros dos me parecen a mí más significati-



vos: *On Thermonuclear War* y *Thinking the Unthinkable*. Ambos son cánticos al militarismo americano y turbias amenazas endulzadas por un lenguaje semicifrado que permite a los legos asombrarse sin entenderlo todo y entender algo sin darse cuenta. Si mi comunicante desea una ficha más completa de este señor, que también fue adulado inocentemente por la prensa española hace unos años, puede recurrir a una colección de biografías y glosas editada en España: *Conductores y seductores* (Ed. Plaza y Janés, 1974). Uno de los capítulos, escrito por Theo Pirker, está dedicado a Kahn con agudeza y buena luz. He aquí un párrafo: "Herman Khan se ha limitado simplemente a seguir difundiendo la ilusión de que militares y políticos pueden mantener bajo control los llamados conflictos limitados. El, personalmente, se vanagloria de haber vendido al Gobierno de los Estados Unidos al menos tres decisiones...". Bueno, yo creo que el señor que me ha escrito debe tratar de superar su admiración por los futurólogos como Kahn. Esconden los viejos trucos mágicos en sus computadoras y eso les da un aire de sabios inflexibles de bata blanca, inasequibles a la mentira. Pero resulta que trabajan para el Pentágono o para otras figuras geométricas parecidas. Khan fue un hombre peligroso: idiótico con fórmulas. Pudiera llegar a ser mejor la astrología si nos descuidamos. ■

Los cánticos al militarismo americano recuerdan, inevitablemente el "hongo" que conocemos.



LA REBELION DE LOS MELANCOLICOS

qué apelar a cosas inefables como la soledad, la conciencia o el sentimiento bárbaro de libertad? Bastaba con meternos en vereda. Al homosexual se le atiza un calambre mientras se le muestran fotos de efebos para que aprenda. Y al que habla en exceso se le pone un bozal o se le coloca un transistor en el hipotálamo. Y, en cualquier caso, se encierra a todo el mundo en instituciones que no pueden ocultar su hediondez, incluso aunque se trate de esas —escasas entre nosotros, desde luego— en las que el cemento está enmoquetado y en vez de un Sagrado Corazón hay en la pared un "poster" con un tipo en moto. Citaré, para terminar, al siem-

pre demoledor Cooper. Un psicocirujano negro se quejaba recientemente de que no había bastantes de "su gente" que pudiera costearse el que él les cortara los cerebros a pedacitos con los honorarios que cobraba. (El objetivo declarado de la "nueva ola" de la psicocirugía es suprimir disidentes, como los líderes en potencia de las rebeliones de los "ghettos" de color. Mantener a esos agitadores quietos, en familia, en la sociedad, en la familia internacional. Matarlos respetablemente como un proyecto de investigación.)

Espero que hayan advertido que no he mencionado a Freud ni una vez. ■ F. M.



"La Salpetrière", una de las grandes fábricas de la mitología psiquiátrica del mundo.

LA MASA DEL NEUTRINO: SORPRESA

UNA sorpresa para los físicos. En la Universidad de California hay un grupo de investigadores emocionado y perplejo: han creído descubrir que el neutrino puede cambiar de forma. Naturalmente, esta facultad proteica de la

famosa subpartícula no parece muy conmovedora a simple vista, pero hay que mirar el asunto con alguna curiosidad. Porque si fuese cierta esa facultad, algo tremendo habría ocurrido en el mundo de la Física.

El neutrino ha sido siempre un

concepto —más que una entidad real— huido y extravagante: la única concentración de energía que carece de "sustancia", sin una brizna de masa o de peso, naturalmente. Una mera idea relampagueante, un fantasma. Por tanto, eterno e in-cambiable, porque el cambio formal es un atributo de la "materia". Para que ustedes se hagan una idea

acerca de lo que significaría el descubrimiento californiano, citaré a uno de los miembros del grupo, Frederick Reines, que fue, además, uno de los descubridores del neutrino en 1956 y que ha sido el que, hace sólo unos días, ha comunicado al mundo la sorpresa. Reines dice, muy a la americana, que el fenómeno es comparable al de un perro que se convirtiera en gato y luego en perro otra vez mientras pasea por la calle. En verdad, el fenómeno es aún más raro, porque el neutrino es tan único que ni siquiera tiene carga eléctrica. ¿Cómo puede cambiar de forma una entidad tan platónica?

Otro físico, Henry Sobel, fue entrevistado por teléfono por un periodista yanqui y contestó, balbuciente, que este descubrimiento "tendrá consecuencias para el Universo", nada menos. Verán ustedes por qué. Incontables neutrinos andan por ese Universo dando tumbos, sin masa ni electricidad. Si tuvieran masa, el lío sería espantoso. Quería decir que el Cosmos, en expansión desde hace unos quince billones de años, es tan "pesado" que su propia capacidad gravitatoria puede llegar a producir el fenómeno contrario, un colapso catastrófico que puede vaticinarse para muy pronto según las medidas de la ciencia: no más de un puñado de millones de años.

Otra cosa. El Sol nos envía chorros cataclísmicos de reacciones nucleares y, por ende, chorros más caudalosos de neutrinos. Pero los científicos no han podido localizar más que una pequeña parte de ellos. Si "cambian de forma", ese sería el secreto. Quería decir que, a pesar de nuestra petulancia, no sabemos nada del Sol.

Habrá que esperar. Pero no está mal la sorpresa, aunque signifique poco en comparación con los éxitos de Severiano Ballesteros. ■

ARCHIVO

"Técnica e invención"

DIRIGIDA por Francisco García Cabrerizo, que es, seguramente, el ciudadano que más sabe de patentes en el país, entre otras cosas. La revista se edita en Madrid, en Vitruvio, 23. ha publicado ya 307 números. Desde el punto de vista "tipográfico" es bastante mala, anticuada y triste, pero contiene siempre una copiosa información sobre patentes, modelos de utilidad y licencias de explotación, algún artículo técnico interesante y un noticiario regular de "recortes" extranjeros. Es una publicación modesta y útil.

un poco "secreta"—, ésta sea una de las mejores. En el editorial del número correspondiente a marzo, que firmaba el director, se hacían algunas consideraciones inteligentes sobre el periodismo técnico y el periodismo general. Cito un fragmento: "Existe una clara discriminación entre los profesionales que ejercen su función en los medios de información general y aquellos que lo hacemos en medios especializa-



dos como éste. Los primeros son periodistas y los segundos no se sabe qué". Eso es cierto, qué le vamos a hacer. El editorialista se quejaba a continuación de las notorias idioteces que, a menudo, se dicen en la "gran" prensa cuando se habla de temas científicos o técnicos. También tiene razón. La verdad es que este periodismo especializado exige una atención, ciertos conocimientos y una cautela que no sobrarían en los otros medios. Cara: la revista cuesta 330 pesetas, que es mucho. Debe ser mejor conocida. ■

"Novamáquina 2000"

Revista de ingeniería de producción y maquinaria industrial. Se edita en Barcelona, calle Felipe de la Paz, 4, bajo la dirección de D. Crespo. Ha publicado hasta ahora 56 números mensuales, casi siempre con una cubierta bien diseñada, atractiva y moderna. Una buena publicación, bien redactada, bien nutrida de secciones informativas y de artículos técnicos interesantes. Es muy posible que, dentro de las de su género —publicitarias, técnicas, de circulación limitada y

